

¿CRISIS MUNDIAL?. NO SI HAY CORDURA

El texto que sigue corresponde al editorial de "The Economist" de 22 de Septiembre.

A lo largo de los próximos días, los ministros de Hacienda y los gobernadores de los bancos centrales de todas partes van a concentrarse en Washington con ocasión de la reunión anual del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Hace un par de meses, esta normalmente mecánica exaltación del capitalismo hubiera sido excepcionalmente alegre. Desgraciadamente, 1990 se ha mostrado excesivamente movido, y por esto en vez de brindar por el colapso del comunismo los asistentes deberán escuchar sus mutuas lamentaciones. Todo por culpa de Saddam Hussein. Los próximos 12 meses, en efecto, amenazan con ser por lo menos preocupantes, y muchos países, incluidos los Estados Unidos, podrían sufrir incluso una recesión.

Las recesiones, sin embargo, se presentan de muy distinta manera. para asegurar que la versión de 1990-91 sea suave y breve, y no profunda y duradera, los gobiernos y los electores de los países importadores de petróleo deben tener presente y no olvidar una cosa: que un petróleo más caro significa que sus rentas reales realizables serán menores que antes. La política económica, por inteligente que sea, no cambiará esta realidad. Las perspectivas, por consiguiente, no sólo han empeorado para el conjunto, sino que se han hecho excepcionalmente inciertas. Esto es debido en parte a que el precio del crudo, el próximo año, podría variar enormemente según las circunstancias. Si Hussein cede ante la presión, el precio del barril puede volver a los 20 dólares, o menos. Una prolongación de la situación expectante actual podría situar tal precio entre los 25 y los 35 dólares. Si estalla la guerra podría subir, por lo menos durante algún tiempo, a 50 dólares el barril, o más.

Con todo, existen otras incertidumbres, menores que las del precio del petróleo pero, al revés de éste, previsibles y remediabiles. Se refieren a lo que los gobiernos puedan hacer en esta fase de la evolución económica. Para el largo plazo, el mayor peligro es que se permita que fracasen las negociaciones comerciales del GATT, que han de terminar en Diciembre. Estas negociaciones, destinadas a contener las corrientes proteccionistas, están en peligro. Lo que está en juego es nada menos que el carácter de la economía global para las próximas décadas. ¿Será una economía abierta, de libre mercado?. ¿Estará, por el contrario, dividida en bloques geográficos controlados por gobiernos intervencionistas?.

A corto plazo, con todo, la principal causa de incertidumbre evitable es macroeconómica más que microeconómica. Descansa en la ilusión de control, es decir, en la idea de que una política inteligente puede corregir de alguna forma los efectos de un crudo más caro, dejando las perspectivas económicas en una situación igual -no peor- a la anterior. Este es un error que puede convertir un ciclo de apacible crecimiento, fluctuante, pero positivo, en un violento cambio de signo que lleve de una expansión inflacionista a una caída deflacionista.

Una gran parte del marasmo a que se está llegando y que será más pronunciado en Estados Unidos y en Gran Bretaña habría ocurrido en cualquier caso. Después de todo, el mundo ha tenido ocho años de rápido crecimiento económico, por lo que, como decía un ministro de Hacienda británico, esto "ya era demasiado". El resultado de ello ha sido una creciente presión inflacionista, en especial en los países anglosajones. Con sólo mantener una vigilancia constante sobre la inflación, la política monetaria habría conducido a una detención del crecimiento en los próximos meses.

Las proyecciones urgentemente actualizadas del FMI señalan que la economía de Estados Unidos crecerá el 1,3% este año y el 1'7% en 1991, frente al 1'7% y al 2'3 por ciento que el mismo Fondo había previsto en la primavera pasada. La tasa de inflación norteamericana la sitúa el FMI en el 4'2%, sólo algo por encima de la anterior proyección. Estas nuevas estimaciones se corresponden con un par de trimestres de pequeño o nulo crecimiento, este invierno, por lo que puede hablarse de recesión, aunque suave.

Sólo una parte del deterioro que se ha producido desde la última proyección se debe al petróleo. En realidad, los economistas del Fondo han basado sus cálculos en un precio -de 26 dólares el barril, con tendencia a bajar a 21 dólares al final del próximo año, con una media de 23 dólares para 1991- que parece más bien optimista en un momento en que se han alcanzado los 32 dólares, el precio más alto de los últimos nueve años. Supóngase que tal precio se mantiene en los 30 dólares durante algún tiempo: ¿Qué pasaría?. Tal subida todavía sería pequeña al lado de la de cuatro veces más, o incluso superior, que se alcanzó en las dos crisis petrolíferas de los años 70. Además, los países industriales, en general, han reducido su dependencia de la energía, y todavía más del petróleo. El FMI calcula que un petróleo a 30 dólares reduciría la tasa de crecimiento de los grandes países industriales en medio punto porcentual, aproximadamente, el año próximo, y que aumentaría su tasa de inflación en un punto porcentual. En tal caso Norteamérica no tendría que hacer frente más que a una ligera recesión. Japón y Alemania proseguirían su crecimiento, que se situaría en un 3%. Tal falta de sincronización es en sí misma una defensa contra una crisis global.

Las principales víctimas económicas de Hussein serán los

países del Este europeo y aquellos del Tercer Mundo que no producen crudo. En todas estas economías los efectos directos de un petróleo más caro serán más severos que en el mundo industrial; y dado que la mayoría de sus gobiernos se están esforzando por llevar a cabo complejas reformas económicas, los efectos indirectos podrían ser devastadores. En los países ricos sólo se producirá una recesión grave si se actúa torpemente.

Los políticos norteamericanos hacen frente a este desafío con toda la incompetencia posible. La clave de la estimación más bien tranquilizadora del FMI es lo que sus economistas llaman "continuidad de la política económica" ("unchanged policies"). Lo que con esto quieren decir es que los bancos centrales no deberían responder a la presión adicional sobre los precios expandiendo la oferta de dinero. pero esto, a su vez, significa unos mayores tipos de interés. Algunos representantes de la Administración contemplan la elevación de los precios del crudo, así como la creciente posibilidad de una recesión, como una razón adicional para que la Reserva Federal ceda en su política antiinflacionista y reduzca los tipos de interés. Así hablan de compensar el objetivo de una baja inflación con el de "sostener la expansión". Esto es un disparate peligroso. La inflación medida según los precios al consumo en Estados Unidos en los primeros ocho meses de este año se situaba en una tasa anual del 6,2% lo que ya es excesivo. En una palabra: el petróleo más caro es una razón más para que la Reserva Federal no ceda en su posición antiinflacionista.

Lo mejor que pueden hacer el Congreso y la Administración norteamericanas en la actual coyuntura es poner fin de una vez al largo forcejeo sobre el déficit fiscal y anunciar un paquete de medidas destinadas a reducir el gasto y a aumentar los ingresos. Si el paquete fuera verosímil -el "si" es importante, a la vista de los precedentes- proporcionaría a la Reserva Federal alguna posibilidad de bajar los tipos de interés. Otros gobiernos tienen también déficit presupuestarios demasiado grandes. Ahora bien, cuanto menos acuda el sector público al ahorro internacional más fácil será combinar unos bajos tipos de interés con una acción decidida contra la inflación.

Gracias a Hussein el petróleo es más caro, y seguirá siéndolo durante algún tiempo. Los consumidores de crudo se hallan, por lo tanto, en una situación peor, y los ministros de Hacienda y los gobernadores de los bancos centrales no pueden hacer nada para solucionar el problema. Que aprovechen las reuniones del FMI para mostrar a los mercados financieros que conocen sus propias limitaciones. Esto le irá bien a la economía mundial. Los discursos inútiles sobre posibles remedios para la situación presente no harán más que precipitar la próxima recesión.